

## Tíbet: ¿propaganda o política?

XULIO RÍOS\*

LA VANGUARDIA, 11.03.09

China tiene su razón cuando dice que el Tíbet de los años cincuenta era un infierno feudal. Pero le falta cuando presenta ahora un Tíbet poco menos que idílico. Poniéndose el parche antes de la herida, China se ha volcado en este aniversario ante el temor a la reiteración de incidentes, dentro y fuera del país. No podrá evitarlos todos, pero intentará ahogarlos en un inmenso mar de propaganda, ejemplificado en ese nuevo libro blanco sobre los 50 años de la "reforma democrática" en Tíbet.

Hay una seria paradoja en la forma de abordar los problemas de las nacionalidades minoritarias en China y la cuestión tibetana. De una parte, se acusa a los movimientos nacionalistas de hacer política aunque, para despistar a ingenuos, se presentan bajo ropaje religioso. De otra, se excluye la política de la solución, reduciendo el problema a una cuestión etnológica o antropológica, lo cual supone asumir un liderazgo modernizador limitado que toma cuerpo en el fomento del turismo o un desarrollo económico uniforme. Dichos esfuerzos están condenados al fracaso y cuanto empeño se invierta en popularizar ese discurso será tiempo perdido. China puede presumir de muchos avances en las últimas décadas, entonando incluso un aceptable mea culpa por los desmanes de la revolución cultural, pero nunca será suficiente un reconocimiento de la diversidad cultural y religiosa si no se acompaña de propuestas políticas innovadoras que le eviten estar siempre a la defensiva.

El respeto y la integración de la diversidad no equivalen a la institucionalización de parques temáticos de millones de kilómetros

cuadrados, sino que exigen formular propuestas de autogobierno que instituyan un marco mínimo para el ejercicio de una lealtad equilibrada. La identidad es una forma de ser y estar. En el caso tibetano, si Pekín no adelanta propuestas políticas serias, el aglutinante religioso seguirá siendo la gran coraza protectora y dique frente a un sano y reivindicable laicismo democrático. Fomentando esa laicidad, imposible sin política creativa, hallará China un aliado transformador y socialmente aceptable. Insistiendo en la propaganda, los liberadores que hace 50 años pusieron fin al drama feudal del pueblo tibetano seguirán corriendo el riesgo de ser calificados de simples ocupantes.

\*X. RÍOS, director del Observatorio de la Política China (Casa Asia-IGADI)